

Yo, también alumno

«...Porque quererse es sacrificio de ambos».
(Benavente)

Respetuoso saludo al magnífico claustro de nuestro daimieleño Instituto Laboral de Enseñanza Media y Profesional, a quien agradezco, desde estas líneas, su deferencia para con mi pobre pluma al publicar en GUADIANA mis toscos renglones.

Para tí, lector, una súplica de benevolencia al juzgar este pequeño ensayo.

Y, por fin, para tí, alumno del Centro, un abrazo a guisa de saludo.

Es a tí, alumno, y para tí, a quien dedico y escribo mis letras, también como alumno, si no de nuestro Instituto Laboral, sí de nuestra Universidad española, por lo que ya nos podemos llamar compañeros, desde el momento que bebemos nuestra enseñanza de la misma fuente, aún cuando tomemos la sabiduría en distinto momento de su cauce.

Lo que he de decirte, no es nada nuevo, quizás haya sido escrito por plumas prestigiosas y de talla, pero precisamente por eso vuelvo a hablarte de ello aún cuando no sea original; porque raro habrá sido que si han caído en tus manos los escritos de que te hablo, les hayas prestado toda tu atención o los hayas comprendido en toda su extensión. Ahora va a ser distinto; porque estoy seguro de que le abrirás sin reservas tu inteligencia y le comprenderás perfectamente, ya que te hablará con tu mismo lenguaje: el de alumno.

Y entremos ya en la cuestión. No recuerdo haber sido en mi vida, hasta estos momentos, otra cosa digna de mención que alumno; y hoy, que me hallo casi de vuelta, que estoy al dejar de serlo, me invade un frío espiritual al pensar que habré de dejar definitivamente a mis abnegados profesores que año tras año, cual generales impertérritos en el combate, han ido midiendo la capacidad que gradualmente iba adquiriendo hasta llegar a estar lo suficientemente formado para otorgarme el más preciado don que los mortales hayamos de conseguir en la tierra: un título.

Aún está fresco el recuerdo de cuan-

do aprobé mi Ingreso en el Instituto «Juan de Avila», de nuestra capital. Gran alegría tuve aquel día, en que conseguía mi primer propósito. Pocos años pasaron y cuando ya huérfano de padre (mi mayor dolor), me presenté a Examen de Estado en Madrid, consiguiendo un título que me daba paso a la Universidad, no fué menor mi alegría, aunque sí más razonada que la primera. Hoy, como te digo, querido compañero, me encuentro cerca del último escalón para conseguir un título definitivo, que constituye mi sueño.

¿He sido buen alumno? No. No lo he sido, porque indiscutiblemente nunca se es lo suficientemente bueno. Ciertamente he querido a mis profesores, pero no es menos cierto, que ellos me han apreciado a mí mucho más que yo a ellos; pues mientras yo, en aquellos infantiles años, escuchaba sus regañinas y peroratas con cierto malestar, sin alcanzar a comprender que mucho peor debían sentirse ellos en su ánimo, ya que se veían obligados a soportar un enfado, en pro de que llegara a ser un hombre de provecho, ellos se dejaban su vida entre nosotros cual magnífico legado que nos entregaban por una siempre pobre remuneración. No sólo he sentido su celo por educarme, sino que cuando en la desgracia, esa desgracia que se cierne sobre todos los hogares en forma de alas negras, dispuestas siempre a arrebatarnos algún ser querido, vistiéndolo de luto, para mucho tiempo, nuestro corazón y nuestro recuerdo, con desinterés y sólo por cariño, he visto llegar hasta mí la mano generosa (y en este punto no puedo callar el nombre de mi querido Director de Academia, D. José Barrios, verdadero ángel tutelar de mi Bachiller en momentos angustiosos de la vida) de aquellos seres que en pago del siempre poco cariño que les profesaba, me prestaron su valiosa protección para que no me perdiera en el vacío en que caen tantos y tantos estudiantes. Ya quería mucho más a mis forjadores, veía en ellos no sólo a mis profesores, sino también a unos seres que me pagaban mis travesuras de chico y estudiante, con un celo y cariño propios de un padre. Y, ahora, os pregunto: ¿Creéis que cabe mayor abnegación en persona alguna que la que se da en un profesor? Desde lue-

La «mascota» del Instituto



En el pequeño estanque del jardín del Instituto el ganso constituye su complemento y mejor adorno. ¿No fueron los gansos sagrados del templo de Juno los que con sus graznidos alertaron a Manlio y salvaron el Capitolio? Nuestra «mascota», regalo de un buen amigo del Centro, es también su más original y pintoresco guardián.

go, no. Incluso entre parientes de la familia, cuando a uno le aflige una desgracia, a veces no se encuentra el afecto que yo encontré entre mis queridos profesores, aún cuando no era acreedor a ello.

Por esto, mi querido compañero, alumno de nuestro Instituto, me he dirigido a tí, para rogarte que enmiendes los errores que hemos cometido todos los alumnos que hemos sido, o estamos próximos a dejar de serlo, y ya no tenemos, por tanto, tiempo de rectificar, queriendo, honrando, cuidando con exquisito celo molestarles en lo menos posible y prestando toda tu atención a sus sabias enseñanzas, ya que ésta será la mejor forma de pagar sus desvelos y la fructífera labor que ellos desarrollan en tu beneficio, para que actuando tú de esta forma, podamos los que no lo hicimos, sentirnos perdonados de los agravios de que les hicimos objeto con nuestro indolente conducta de alumnos irreflexivos, al mismo tiempo que tú serás recompensado al ser el orgullo de tus padres, el alumno modelo de ese competente claustro que rige tus futuros destinos en la vida mediante sus sabias enseñanzas, el ideal de toda la comunidad de alumnos y el hombre formado, fama y blasón futuro de nuestro Instituto Laboral y de nuestro querido Daimiel.

GARCIA MERCADANTE.